

D. GREGORIO.

Venga usted conmigo.

(Hasta el fin de la escena va y viene Don Gregorio unas veces hácia su puerta, y otras adonde está Don Enrique para que le siga.)

D. ENRIQUE.

Porque al fin, como usted tiene tanto interes en que yo me desespere y.....

D. GREGORIO.

Venga usted, venga usted..... Rosa.

D. ENRIQUE.

No es decir esto que usted.....

D. GREGORIO.

Nada. No hay que disputar. Si quiero que usted se desengañe..... Rosita. Niña.

D. ENRIQUE.

¿Pensar que una dama ha de responder con tal aspereza á quien no ha cometido otro delito que adorarla!.....

D. GREGORIO.

Usted lo verá. Ya sale.

ESCENA X.

DOÑA ROSA. D. ENRIQUE. D. GREGORIO. COSME.

DOÑA ROSA.

¿Qué es esto?..... *(Sorprendida al ver á Don Enrique.)* ¿Viene usted á interceder por él? ¿A recomendármele para que sufra sus visitas, para que corresponda agradecida á su insolente amor?

D. GREGORIO.

No, hija mia. Te quiero yo mucho para hacer tales recomendaciones; pero este santo varon toma á juguete cuanto yo le digo, y piensa que le engaño cuando le aseguro que tú no le puedes ver, y que á mí me quieres que me adoras. No hay forma de persuadirle. Con que te le traigo aqui para que tú misma se lo digas, ya que es tan presumido ó tan cabezudo que no quiere entenderlo.

DOÑA ROSA.

¿Pues no le he manifestado á usted ya cuál es mi deseo, que todavía se atreve á dudar? ¿De qué manera debo decírselo?

D. ENRIQUE.

Bastante ha sido para sorprenderme, señori-

ta, cuanto el vecino me ha dicho de parte de usted, y no puedo negar la dificultad que he tenido en creerlo. Un fallo tan inesperado que decide la suerte de mi amor, es para mí de tal consecuencia, que no debe maravillar á nadie el deseo que tengo de que usted le pronuncie delante de mí.

DOÑA ROSA.

Cuanto el señor le ha dicho á usted ha sido por instancias mías, y no ha hecho en esto otra cosa que manifestarle á usted los íntimos afectos de mi corazón.

D. GREGORIO.

¿Lo ve usted?

DOÑA ROSA.

Mi eleccion es tan honrada, tan justa, que no hallo motivo alguno que pueda obligarme á disimularla. De dos personas que miro presentes, la una es el objeto de todo mi cariño, la otra me inspira una repugnancia que no puedo vencer. Pero.....

D. GREGORIO.

¿Lo ve usted?

DOÑA ROSA.

Pero es tiempo ya de que se acaben las inquietudes que padezco. Es tiempo ya de que uni-

da en matrimonio con el que es el único dueño de la vida mia, pierda el que aborrezco sus mal fundadas esperanzas, y sin dar lugar á nuevas dilaciones, me vea yo libre de un suplicio mas insoportable que la misma muerte.

D. GREGORIO.

¿Lo ve usted?.... Sí, monita, sí: yo cuidaré de cumplir tus deseos.

DOÑA ROSA.

No hay otro medio de que yo viva contenta.

(Manifiesta en la expresion de sus palabras que las dirige á Don Enrique, y en sus acciones que habla con Don Gregorio.)

D. GREGORIO.

Dentro de muy poco lo estarás.

DOÑA ROSA.

Bien advierto que no pertenece á mi estado el hablar con tanta libertad.....

D. GREGORIO.

No hay mal en eso.

DOÑA ROSA.

Pero en mi situacion bien puede disimularse que use de alguna franqueza con el que ya considero como esposo mio.

D. GREGORIO.

Sí, pobrecita mía. . . . Sí, morenilla de mi alma.

DOÑA ROSA.

Y que le pida encarecidamente, si no desprecia un amor tan fino, que acelere las diligencias de nuestra union.

D. GREGORIO.

Ven aquí, perlita (*Abraza á Doña Rosa, ella extiende la mano izquierda, y Don Enrique que está detras de Don Gregorio, se la besa afectuosamente, y se retira al instante.*), consuelo mio, ven aquí, que yo te prometo no dilatar tu dicha. . . . Vamos, no te me angusties: calla, que. . . . Amigo (*Volviéndose muy satisfecho á hablar á Don Enrique.*), ya lo ve usted. Me quiere, ¿qué le hemos de hacer?

D. ENRIQUE.

Bien está, señora, usted se ha explicado bastante; y yo la juro por quien soy, que dentro de poco se verá libre de un hombre que no ha tenido la fortuna de agradarla.

DOÑA ROSA.

No puede usted hacerme favor mas grande,

porque su vista es intolerable para mí. Tal es el horror, el tedio que me causa, que. . . .

D. GREGORIO.

Vaya, vamos, que eso es ya demasiado.

DOÑA ROSA.

¿Le ofendo á usted en decir esto?

D. GREGORIO.

No por cierto. . . . ¡Válgame Dios! No es eso, sino que tambien da lástima verle sopetear de esa manera. . . . Una aversion tan excesiva. . . .

DOÑA ROSA.

Por mucha que le manifieste, mayor se la tengo.

D. ENRIQUE.

Usted quedará servida, señora Doña Rosa. Dentro de dos ó tres dias, á mas tardar, desaparecerá de sus ojos de usted una persona que tanto la ofende.

DOÑA ROSA.

Vaya usted con Dios, y cumpla su palabra.

D. GREGORIO.

Señor vecino, yo lo siento de veras, y no quisiera haberle dado á usted este mal rato, pero. . . .

D. ENRIQUE.

No, no crea usted que yo lleve el menor resentimiento; al contrario, conozco que la señorita procede con mucha prudencia, atendido el mérito de entrambos. A mí me toca solo callar, y cumplir cuanto antes me sea posible lo que acabo de prometerla. Señor Don Gregorio, me repito á la disposición de usted.

D. GREGORIO.

Vaya usted con Dios.

D. ENRIQUE.

Vamos pronto de aquí, Cosme, que reviento de risa.

(Retirándose hácia su casa: entran en ella los dos, y se cierra la puerta.)

ESCENA XI.

DON GREGORIO. DOÑA ROSA.

D. GREGORIO.

De veras te digo que este hombre me da compasion.

DOÑA ROSA.

Ande usted, que no merece tanta como usted piensa.

D. GREGORIO.

Por lo demas, hija mia, es mucho lo que me lisonjea tu amor, y quiero darle toda la recompensa que merece. Seis ú ocho dias son demasiado término para tu impaciencia. Mañana mismo quedaremos casados y.....

DOÑA ROSA.

¿Mañana? *(Turbada.)*

D. GREGORIO.

Sin falta ninguna. Ya veo á lo que te obliga el pudor, pobrecilla; y haces como que repugnas lo que estás deseando. ¿Te parece que no lo conozco?

DOÑA ROSA.

Pero.....

D. GREGORIO.

Sí, amiguita, mañana serás mi muger. Ahora mismo voy antes que oscurezca aquí á casa de Don Simplicio el escribano, para que esté avisado y no haya dilacion. A Dios, hechicera.

(Don Gregorio se va por una calle. Doña Rosa entra en su casa y cierra.)

DOÑA ROSA.

¡Infeliz de mí! ¿Qué haré para evitar este golpe?